

Volumen XXIII Noviembre 1.º de 1928 Número 230

REVISTA
del
COLEGIO MAYOR

de
Nuestra Señora del Rosario

Publicada bajo la dirección
de la Consiliatura



Nova et vetera

BOGOTA
IMP. DE «LA LUZ» —CARRERA 7.ª, NÚM. 590.

MCMXXVIII

REVISTA

del

Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario

Bogotá, Noviembre 1.º de 1928

SAN AGUSTIN

Su vida y su labor

(Conclusión)

Y ¡cuán de otro modo pasan las cosas en la realidad! La teología es verdadera ciencia, una vez que tiene los caracteres que para calificarla de tal se requieren: principios ciertos en que apoyarse, verdades perfectamente demostrables, método ordenado y científico. Las enseñanzas teológicas se asientan en los que de Melchor Cano para acá se apellidan *lugares teológicos*: bases al alcance de la simple razón humana, comprobables y comprobadas hasta la evidencia con sólo argumentos filosóficos, y premisas que vienen a ser de donde la mente deduce la verdad de los dogmas revelados. Estos, en verdad, no pueden ser totalmente comprendidos por el entendimiento, pero todos pueden ser, y en realidad son, irrefragablemente demostrados. Algunas doctrinas teológicas no son evidentes por sí mismas; pero sí evidentemente creíbles. En cuanto al método, la teología católica procede por el que admiramos atrás en san Agustín, por el que más tarde llevaron los escolásticos a la suprema perfección: el *psicológico-racional*, ascendente y descendente, combinación admira-

CONTENIDO

<i>San Agustín. Su vida y su labor.</i>	
<i>(Conclusión).</i>	R. M. CARRASQUILLA
<i>En el Cauca</i>	H. HOLGUÍN Y CARO
<i>Breve nota sobre «La condición del extranjero transeunte»</i>	J. C. VELANDIA A.
<i>Las estrellas</i>	ALFONSO DAUDET
<i>Pequeña historia de un lápiz</i>	R. MORALES OLAYA
<i>En la celda de la Madre Francisca Josefa de la Concepción</i>	RAIMUNDO RIVAS
<i>Dedicatoria de un banquete</i>	JOSÉ A. MONTALVO
<i>Oración fúnebre</i>	FR. ZACARÍAS O. S. A.
<i>Clausura de estudios.</i>	
<i>Grados.</i>	
<i>Índice por materias.</i>	
<i>Índice por autores.</i>	

ble de la síntesis y el análisis, la deducción y la inducción.

Hay más. La teología no sólo es ciencia, sino que es la reina y señora de todas las demás. Quien después de haber recorrido penosamente los diversos ramos de humanidades y filosofía, llega al estudio de los teológicos principios, siente una impresión como la que debieron experimentar los primeros conquistadores de nuestro suelo, cuando al cabo de un año de fatigosa marcha al través de selvas bravías y de climas mortíferos, alcanzaron a columbrar las cultivadas tierras del Valle de los Alcázares, y respiraron el aire puro y vivífico de la cordillera, y se hallaron en cambio de la compañía de culebras y jaguares, en medio de poblaciones florecientes y riquísimas. Aquí, se dice el alma—aquí respiro con libertad, ando sin trabas, vuelo como las aves sin fatiga ni peligro. Cuando va de la eternidad al tiempo, del cielo a la tierra, de lo inmortal a lo perecedero, de lo invariable a lo sujeto a mudanzas, del entendimiento divino a la razón humana, otro tanto media entre las enseñanzas teológicas y las ciencias terrenas, sin excluir a la mismísima filosofía, tan encumbrada sobre todas las demás.

¡Qué no hará un genio como san Agustín al hallarse en semejantes alturas! Y, sin embargo, al tratar de la teología agustiniana no podemos hacer lo mismo que al hablar de la filosofía: procuramos condensar en breve espacio las doctrinas del santo doctor, trazar el plano de su labor en cuatro pinceladas. Los grandes teólogos iluminan el mundo con su luz, pero no fundan escuelas. Porque para fundarlas se requiere que un hombre sostenga principios que otra escuela rechaza e impugna; y los grandes doctores de la Iglesia, en las materias rigurosamente teológicas, son seguidos por la cristiandad entera. Tratándose de la gravitación, hoy nadie es de la *escuela* de Newton, porque no hay escuela de Newton, desde que el mundo entero aceptó su luminosa teoría. Si algún teólogo se encuentra

una doctrina nueva y desconocida, se hace por ello mismo sospechoso, según la contundente frase de Tertuliano: «Lo que viene por tradición desde el principio, es verdadero; lo que se ha inventado después, siempre es falso» (1). Los sistemas teológicos que existen, y con su pugna dan testimonio de la vida de la Iglesia, son resultado de las diversas escuelas filosóficas a que los teólogos se afilian; las controversias sobre la gracia entre tomistas y congruistas, dimanar de las opiniones que se profesan sobre la acción y la ciencia de Dios; las distintas vías para explicar la transubstanciación son provenientes de lo que cada uno crea sobre la naturaleza de los cuerpos, y la distinción real entre los accidentes y la substancia.

El entrar en pormenores sobre tal o cual de las opiniones teológicas propias del santo, nos conduciría, o a prolongar este ya fastidioso ensayo, o a sembrar dudas sobre puntos delicadísimos en los ánimos de muchos lectores. Limitémonos, pues, a decir una palabra sobre la controversia con los maniqueos, y hacer alguna indicación acerca de la importancia que tienen los escritos de san Agustín sobre la gracia.

Ya en la primera parte de nuestro bosquejo dijimos brevemente en lo que consiste la herejía de Manés, y cómo se funda en el dualismo, o sea la existencia de dos principios eternos, independientes y rivales, origen respectivamente de lo bueno y de lo malo. El infierno, en su interés por borrar de los corazones humanos la idea de un solo Dios, inventó primero el paganismo, en seguida el dualismo, y por último el panteísmo. De estos tres engendros, el segundo es el que se presenta más lisonjero y plausible, porque tiende a explicar el pavoroso problema de la existencia del mal sobre la tierra. Y de veras: desconocida o rechazada que sea la doctrina católica sobre el origen del mal, el maniqueísmo es lo menos absurdo, con serlo en

(1) *Tertul.* citado por Knoll. *Instit. Theol. Theoret.* T. I.

grado muy alto, que puede concebirse. Porque la mitología pagana no sólo deja sin resolver el problema, sino que ni lo plantea siquiera. Los panteístas al afirmar que lo bueno y lo malo dimanaban igualmente del Sér único cuya existencia reconocen, dicen un despropósito tal que no cabe siquiera en la mente.

Lo aparentemente satisfactorio de la enseñanza maniquea; el hallarse la secta constituida como sociedad secreta, con grados diversos cuyos misterios sólo conocían los iniciados; la vigorosa organización que asociaciones así pueden darse; el incentivo de la curiosidad picada con el ansia de llegar a saber los arcanos de los grados superiores; y por fin, los secretos desórdenes a que se entregaban los sectarios en sus nocturnos conventículos. fueron cosas que le ganaron miles de adeptos a la herejía maniquea, e hicieron de ella la más vivaz y arraigada de cuantas ha sembrado el enemigo en el campo del Padre Celestial. Aparentemente destruidos por los vigorosos ataques de san Agustín y las enérgicas medidas de los emperadores, los maniqueos no sucumben con la irrupción de los bárbaros, y reaparecen en el siglo XI en Orleans; toman en el siglo XII el nombre de paulicianos; invaden con el título de albigenses lo más hermoso del mediodía de Europa; declaran a la Iglesia una de las cuatro mayores guerras que a juicio de ilustre crítico anglicano, ha sostenido la Cátedra Romana en sus diez y nueve siglos de vida; al alborear el siglo XIII casi se adueñan de la famosa Universidad de París; santo Domingo emprende contra ellos la lucha que constituye la mayor gloria del ilustre fundador de los Predicadores, y santo Tomás todavía tiene necesidad de combatir contra los maniqueos.

Parece muy probable que los Templarios aprendieron en Oriente las doctrinas y prácticas dualistas, y que de aquí provino la corrupción de la famosa orden: no es un

disparate juzgar que las modernas sociedades secretas son descendientes de los degenerados caballeros del Templo; y así los frac-masones y carbonarios acaso sean el último renuevo de la secta fundada por el esclavo prófugo Manés. Podríamos aquí —si el temor de alargarnos con exceso no nos lo vedase— demostrar la semejanza que salta a los ojos entre lo que san Agustín nos refiere acerca de las iniciaciones, grados y misterios maniqueos y lo que entre los templarios, a tiempo de la extinción, se practicaba; y la identidad de muchos ritos observados por los caballeros con lo que aún rige entre carbonarios y masones. Sólo que el dualismo maniqueo se mudó en panteísmo en las sociedades secretas modernas. El trueque no es difícil de explicar: quien acepta la existencia de un Dios eterno, necesario e intrínsecamente malo, poco tiene que andar para atribuirle ese mismo mal al propio Sér a quien reconoce como origen de lo bueno; y este breve camino no se anduvo ni en un día ni en un año: se necesitaron siglos para que las sociedades secretas lo recorriesen por entero.

San Agustín, escapado de la secta maniquea, se empeñó en hacerle la guerra con el ardor propio de todo convertido, y del modo a que lo llevaba su carácter. Cuando un hombre, de ánimo vacilante, o de escasa instrucción religiosa, o de entrambas cosas a un tiempo, pasa del error a la verdad, se suele quedar, como los hebreos en el desierto, suspirando por las cebollas de Egipto; y es motivo de incesantes zozobras para los buenos, sin dejar de ser objeto de odio de los malos. Pero si el convertido es varón de alma levantada y sólida instrucción en la fe, vuelve lealmente las armas contra sus compañeros de la víspera, pero las vuelve según quien es. Dos célebres anglicanos contemporáneos nos servirán de ejemplo. Newman acepta el dogma católico entero, sin vacilaciones ni paliativos, y a defenderlo consagra su amplia y clarísima

inteligencia. Pero donde el dogma y la disciplina inspiran, en aquel otro terreno en que el *In dubiis libertas* tiene cabida, el eminente Cardenal quiere lo que menos lastime las preocupaciones anglicanas. Duda por sistema de todo hecho histórico que no esté comprobado casi como un teorema de matemáticas; en toda cuestión debatida entre los teólogos, opta siempre por la solución más inglesa, menos antipática a sus colegas de Oxford; en materia de devociones, no quiere ciertas prácticas, que confiesa excelentes en sí mismas, y adaptadísimas a las gentes meridionales, pero que reputa poco conformes con el carácter británico. León XIII dio testimonio de la correctísima e inquebrantable ortodoxia de Newman, condecorándole con la púrpura; y millares de ingleses —tómese la frase a la letra—convertidos por los escritos del sabio apologista, prueban lo atinado y prudente de su conducta. Al leerlo, encanta lo profundo del pensamiento, lo candoroso y leal de la exposición, la rectitud del juicio, y el buen sentido inglés que sazona todas las demás dotes.

Faber, inglés como Newman, como él anglicano convertido, sacerdote también y gloria de la congregación del Oratorio, tenía sangre meridional en las venas. Naturaleza ardorosa e inquieta, se dio a combatir el catolicismo con tanto encono, que Wiseman lo apellidó el mayor enemigo del Santísimo Sacramento. Faber se convirtió no con la lentitud de su futuro compañero de claustro, sino por un golpe más rápido de la gracia. Cuando se le abrieron los ojos, se enamoró de la doctrina católica, tan propia para él, y quiso conocerla hasta el fondo. No paró en el dogma, y se internó en las cuestiones más árdidas de la mística. Buscó de preferencia los grandes ascéticos españoles del siglo de oro, y a sus pechos se formó, y consiguió seguirlos de cerca siendo profundamente original. El P. Faber es el único místico del siglo XIX que puede parangonarse con los escritores antiguos españoles e ita-

lianos. En cada problema teológico no se pregunta cuál solución atraerá más a los protestantes, sino cuál satisfará mejor el ansia de amar que lo devora, el anhelo que lo consume por reparar sus viejos extravíos. Las gentes verdaderas en filosofía, la encuentran sólida y profunda en los libros de Faber; personas ignorantísimas pero devotas, lo leen con verdadero gusto y provecho. Hombres de mucho saber, pero poco dados a lecturas piadosas, lo hallan oscuro y fatigoso; los de ánimo encogido, se asustan al leerlo y lo tachan de atrevido en exceso.

Ya el lector sabe, sin que haya menester oírlo de nuestra boca, a qué familia de convertidos perteneció san Agustín. Dióse a impugnar la herejía maniquea con todo el brío y ardor que le eran propios. Les refutó las doctrinas en cien pasajes diversos; escribió un tratado especial para hacerles ver lo vergonzoso de las costumbres con que vivían y compararlas con las de la Iglesia católica; los combatió de viva voz y por escrito, en homilias, y en sermones, y en diálogos, y los obligó a eclipsarse y darse por muertos, por años y hasta por siglos enteros. Recordaremos, sí, lo que atrás dejamos apuntado: que el santo doctor no tiene en sus escritos polémicos una sola frase personalmente ofensiva: en sus luchas con los maniqueos se advierte el deseo que lo anima de que los que habían sido sus colegas en el error, participasen de la ventura que a él le causaba haber retornado al buen camino.

Mas, entrando al fondo del problema, ¿qué es el mal? ¿quién lo crió? El mal no es un *ser*, sino la carencia, la negación del bien; como la ignorancia es falta de ciencia; la miseria carencia de riqueza; la oscuridad ausencia de luz. Todo cuanto *existe* en los seres es bueno; cuanto les *falta* de lo que debieran poseer es malo. Hay un bien absoluto, infinito, que es Dios; pero no hay un mal absoluto, porque un ente con el hecho de existir, eso tiene de bueno. Así, lo malo no ha menester creador, como no lo re-

quieren ni la ignorancia, ni la penuria, ni las tinieblas. Pero sí debe la carencia de bien tener alguna causa, y ella es el abuso que hacen las criaturas racionales de su libre albedrío. Oiga el lector a san Agustín mismo: «Con los propios pasos y por los propios medios con que iba yo apartándome de la verdad, me parecía que la iba alcanzando, por no haber llegado todavía a conocer que no es otra cosa el mal sino privación del bien, hasta llegar al mayor mal que es la nada, es decir, la carencia de todo bien» (1). «Hicísteme conocer, Señor, que todas las cosas que se corrompen son buenas; porque no pudieran corromperse si no tuvieran alguna bondad; ni tampoco si su bondad fuese suma: pues si fuesen sumamente buenas, serían incorruptibles; y si no tuvieran alguna bondad, no hubiera en ellas cosa que se pudiera corromper..... Lo que prueba que el mal, cuyo principio andaba yo buscando, no es substancia alguna, porque si lo fuera, algún bien sería. Pues o había de ser una substancia incorruptible, y esto era un bien muy grande; o substancia corruptible, la cual, si no tuviera alguna bondad, no pudiera corromperse» (2). En el tratado del *Libre albedrío* explica muy a la larga cómo el mal dimana de nuestra voluntad, sin que por ello haya de atribuírsenos facultad creadora: el hombre moralmente obligado por la ley eterna a hacer lo bueno, puede elegir, sin que nadie le fuerce, entre cumplir el querer de Dios y no cumplirlo. Para lo segundo, no necesita *hacer* cosa alguna, sino antes *no hacer*; y el *no hacer* no requiere facultad creadora. Así la voluntad es causa, origen de lo malo, sin darle sin embargo el sér, porque el mal no tiene sér alguno.

Ya es tiempo de que digamos una palabra de los escritos de san Agustín sobre la gracia. El paganismo echó en olvido completo el dogma de la libertad humana. El hado,

(1) *Confess.* II. 7.

(2) *Confess.* XII. 6.

divinidad ciega y caprichosa, determinaba de antemano las acciones de los hombres, quienes por necesidad tenían que ejecutarlas. Sólo los hebreos conservaron la preciosa verdad: «Reportará la gloria eterna, dice la Escritura, el que pudo pecar y no pecó, hacer mal y no lo hizo» (1). «Delante del hombre están la vida y la muerte, el bien y el mal: lo que escogiere le será dado» (2). El Divino Maestro consignó en cien lugares del Evangelio el libre albedrío; y san Pablo lo explicó con su elocuencia sobrehumana. Pero al mismo tiempo que el cristianismo enseña que la voluntad es libre de toda necesidad intrínseca, afirma que el hombre no puede ni obrar, pero ni siquiera querer, sin la intervención de Dios, en quien «vivimos, nos movemos y somos,» según la profunda frase del Apóstol (3). «Dios es el que obra en vosotros, por un efecto de su buena voluntad, no sólo el querer, sino el ejecutar» (4). Estas dos verdades, distintas, no contradictorias, siempre por la Iglesia vigorosamente defendidas, dejan en salvo por una parte el infinito poder de Dios, su dominio sobre las criaturas; por otra la libertad humana, dón preciosísimo entre cuantos de la Providencia recibimos. Como el hombre fue elevado por el Creador al estado sobrenatural, cayó de allí por la culpa y fue regenerado por la sangre y los méritos del Redentor, para hacer obras que le merezcan el cielo há menester de un especial auxilio divino, que en el lenguaje cristiano se denomina gracia.

Apenas habrá en toda la teología católica estudio más árduo y delicado; apenas se hallará más resbaladizo terreno; con trabajo se encontrará problema más disputado entre las escuelas ortodoxas y que haya engendrado mayor número de herejías. ¡Amirable es la Iglesia católica

(1) *Eccli.* XXXI. 10.

(2) *Ibid.* XV. 18.

(3) *Act.* XVII. 28.

(4) *Ad Philip.* II. 13.



en sus enseñanzas! En lo que interesa a la fe, en aquello que a la eterna salvación de las almas de cualquier modo se refiere, nada se le queda por enseñar ni definir; en los puntos que sólo interesan a la curiosidad humana, la autoridad docente calla y deja que los teólogos se agiten, y disputen, y riñan. Tal acontece en el problema de la gracia y de la libertad. Ha señalado la Iglesia los oficios y prerrogativas y restricciones de cada una de las dos, con tal delicadeza, tamaña sabiduría, tanta precisión, que los dogmas católicos sobre este asunto maravillan y suspenden a quien atentamente los estudia. Pero cuando se trata de entender el modo como el libre albedrío y la gracia se armonizan y componen, entonces principian las teológicas disputas, y mira uno con asombro a doctores eminentes discrepar entre sí y dar opuestas soluciones al problema, y acusarse mutuamente de no entender la doctrina del adversario. Los que explican satisfactoriamente la eficacia de la gracia parecen negar la libertad; y los que dejan en salvo el libre albedrío, semejan menoscabar la acción divina. En cada sistema, es más fácil hacer argumentos contra la ajena doctrina que defender la propia. Y así es justo que acontezca: la eficacia de la gracia, la humana libertad son dogmas demostrados y evidentemente creíbles. El modo como se acuerdan es hondísimo misterio de la fe. Y aquí acontece en parte lo de que «quien se mete a escudriñar la majestad de Dios será oprimido con el peso de su gloria» (1)

En el siglo V, apareció dogmatizando en occidente un monje, inglés de nación, llamado Pelagio. Hombre, al parecer, de austeras costumbres, astuto y disimulado si los hubo, de ingenio enredador y sutil, principió a esparcir sus errores y en breve se hizo cabeza y jefe de una numerosa herejía. Negaba Pelagio la transmisión del pecado ori-

(1) *Prov.* XXV-27.

ginal, y de este error deducía que el hombre no ha menester de la gracia sobrenatural para salvarse. Tornadizo como todo heresiarca, mudaba de lenguaje a cada paso, sin dejar por ello de afirmarse en su parecer. Ora negaba rotundamente la gracia; ora llamaba así al libre albedrío mismo en cuanto es dón divino; ora confesaba necesitarse la gracia, pero apellidando de ese modo los auxilios exteriores que Dios nos envía y no el influjo interior de Dios sobre la voluntad. Tan grave llegó a ser el estrago que Pelagio causó con sus errores, que fue preciso para repararlo, todo el talento, la perspicacia toda, y el celo abrasador de san Agustín.

Dios acostumbra para sus grandes designios valerse de un hombre, en torno del cual se agrupan los demás: Moisés, Josué, Judas Macabeo. Los caudillos de una causa no se eligen, se aclaman; se imponen ellos antes que el pueblo los acepte; no se sabe cuándo empiezan a dominar; todos van en pos de ellos, y pocos acertarían a decir por qué los siguen. Esto mismo se realiza en los combates de la fe. San Atanasio personifica el triunfo de la verdad sobre el arrianismo; san Cirilo, la victoria de la ortodoxia sobre Nestorio; san Agustín fue el campeón de la gracia contra los errores de Pelagio. Lo atacó en todos los terrenos, lo persiguió por todos los senos y escondites, lo venció sin remedio, y acabó con él para siempre. Tan hondamente grabada quedó en las mentes y en los corazones la derrota del pelagianismo, que en siglos enteros nadie se atrevió a resucitarlo, y los errores sobre la gracia que han venido después han sido lo diametralmente opuesto; Mahoma, los predestinacionos de la Edad Media, Calvino, Jansenio, prefirieron negar el libre albedrío; ninguno quiso ser adversario de la gracia cuando todavía amagaban sobre las cabezas de los reformadores los rayos que san Agustín había vibrado siglos antes sobre Pelagio y sus

secuaces (2). No sólo eso, sino que los herejes modernos han querido todos ampararse, al negar la libertad humana, en los escritos del obispo de Hipona; y Jansenio intituló *Agustinus* el libro con que fundó en el seno de la Iglesia la herejía más antipática, más estrecha, más ruin, para nuestro gusto, que han presenciado las edades cristianas.

San Agustín es el doctor de la gracia: en lo concerniente al dogma, es el oráculo de la Iglesia en esta parte; es entre los Santos Padres lo que san Pablo entre los autores inspirados. Santo Tomás al tratar de la gracia sigue paso a paso las huellas de Agustín. Pero, ¿en los puntos controvertidos por las escuelas, ¿cuál es la opinión de nuestro santo doctor? Aquí hay una disputa entre otra disputa, porque cada partido quiere tenerlo de su lado. El estilo figurado y vehemente que lo distingue; la poca precisión que el lenguaje teológico tenía aún en aquel tiempo, el objeto final del santo que era, no tanto explicar el acuerdo de la libertad con la gracia, cuanto defender a esta última contra el pelagiano, son cosas todas que dejan más o menos ocasionadas a diferencias en el terreno ortodoxo algunas frases del ilustre doctor. Podríamos aquí copiar algunos pasajes relativos a la doctrina agustiniana sobre la lucha entre el placer con que la tentación solicita al alma y la dulzura suavísima con que Dios atrae a quien quiere salvar; lucha que explicaría por qué unas veces triunfa la gracia y sale vencida otras. Pero no son estas disquisiciones para lectores no eclesiásticos; ni estas polémicas entre los teólogos tienen interés fuera del recinto de las aulas.

Con el dogma de la gracia se enlaza estrechamente el de la predestinación, no menos oscuro, no menos tenazmente controvertido. La dificultad aquí es gravísima; por-

(2) Hacemos caso omiso de los *socinianos*, *arminianos* y otras sectas menudas nacidas del seno del protestantismo que ya se deshace.

que el hombre, por mucho que se desprenda de la imaginación, no puede prescindir de estudiar el problema con relación al tiempo. Los teólogos hablan de *ante* y de *post*, tienen que hablar así, porque el entendimiento unido al cuerpo no concibe las cosas de otro modo. Mas en Dios ni hay antes ni hay después, porque la eternidad es un presente que nunca se acaba—y así los mortales no entenderemos la verdad hasta que la veamos, no en espejo y bajo imágenes oscuras, sino contemplando a Dios cara a cara.

Pero en lo que deveras interesa a la fe, san Agustín defiende por una parte la libertad humana; por otra, el indefectible cumplimiento de los planes de Dios sobre el mundo. Esta doctrina brilla sobre todo en los veintidós admirables libros de la *Ciudad de Dios*, en que describe el reinado del bien y el del mal, se remonta hasta el comienzo de los tiempos y pinta aquella lucha entre los dos principios que empezó en el paraíso; la sigue a través de los siglos hasta su época, y destruye, con terrible lógica, el paganismo y todas las herejías de entonces; vislumbra con profética mirada los acontecimientos que han de suceder hasta el fin de los tiempos; y entra después a la celeste Jerusalén, que describe de un modo superior a las fuerzas humanas.

La *Ciudad de Dios* fue el primer fundamento de lo que hoy se llama filosofía de la historia. Necesita ella para que merezca el dictado de ciencia, conocer un acontecimiento histórico al rededor del cual se agrupen los demás; y observar si hay en la marcha de las generaciones humanas leyes fijas, y conocer la inteligencia que las dicta y el brazo que las hace cumplir. Todo esto se halla en san Agustín. La venida de Cristo, «que era ayer y es hoy y en todos los siglos» (3) es el centro de toda la historia: la antigua es la preparación y expectación del Mesías; la mo-

(3) *Heb.* XIII. 8.

derna, su reinado en el mundo. El género humano, compuesto de seres libérrimos en el obrar, obedece a un plan del Creador, está sujeto a leyes más amplias pero no menos fijas, no menos dependientes del querer divino que las que rigen el mundo físico que obedece por necesidad. El *Discurso* de Bossuet sobre la *Historia universal*, es magnífico desarrollo de una sola de las faces que estudia san Agustín en su obra; y ya se sabe que la del grande obispo de Meaux es la revelación de la filosofía histórica verdadera, fundada en las nociones de la libertad humana, la presciencia de Dios, su providencia sobre el mundo; y no en oscuras y embrolladas metafísicas hegelianas o en la maravillosa teoría de la selección darwiniana, que haciéndonos venir del átomo y pasar por el mono, nos ofrece la consoladora esperanza de que cuando haga siglos de siglos que estemos vueltos nada, los descendientes de la generación actual habrán llegado a convertirse en dioses.

La fama de Agustín había invadido el mundo: en Cartago e Hipona, lo mismo que en Roma y en Milán, sus libros, no obstante la dificultad de obtener copia de ellos, corrían de mano en mano entre el Papa y los obispos, el clero y los fieles, los doctores y el pueblo. Su nombre era aclamado de polo a polo en todo el universo conocido. La humildad de Agustín no podía tolerarlo; y para destruir esa fama inmortal que lo acompañaba, lanzó de repente al mundo el libro de sus *Confesiones*. "Ah! dice Bougaud; existe una manera de confesarse en público que no cuesta mucho; pero cuando veo el modo como Agustín habla de sus faltas; cuando en lugar de ocuparse sólo de los desórdenes de su adolescencia, de la amistad culpable de su juventud, del nacimiento de Adeodato, cosas todas más o menos conocidas y de las que hubiera podido formar una leyenda, penetra también en lo profundo de su conciencia, para sacar de ahí los secretos más vergonzosos y ocultos; cuando pienso en cierta página de

las *Confesiones* y en cierta recaída que no sólo pisotea la fe y la conciencia, sino también el honor y la delicadeza, y a vista de la cual aun sin quererlo se concibe vergüenza por Agustín; y cuando considero que esta página ha sido escrita por un obispo, por un anciano colocado en la cúspide de la gloria, para impedir los aplausos que tanto le disgustaban, entonces no puedo menos que exclamar: hé ahí la humildad elevada a la mayor altura; nada hay en la historia más bello que esta heroica virtud de san Agustín".

Hemos concluido este bosquejo. Las vidas de los santos no se escriben, como las de los héroes, para ser admiradas, sino para ser imitadas. Si no podemos asemejarnos a san Agustín en el genio ni en la ciencia, sí podemos seguirlo en sus virtudes. Apliquémonos, con motivo del santo obispo de Hipona, las palabras que san Ambrosio dirigió a Teodesio, hablándole del rey David: "Puesto que lo habéis imitado en los pecados, imitadlo también en el arrepentimiento".

RAFAEL M. CARRASQUILLA,
Presbítero.

